

Reflexiones sobre los procesos de concentración/ desconcentración en la conformación del ambiente humano

por Isabel Viana

Una visión global

Desde la ventanilla del avión en sobrevuelo nocturno sobre el continente, perdida la referencia del horizonte, se ven puntos de luz, en disposiciones irregulares.

"Tan perfecta es la correspondencia entre nuestra ciudad y el cielo —respondieron— que cada cambio de Andria comporta alguna novedad entre las estrellas".¹

La cultura milenariamente alimentada por la observación y la comunicación, nos ha dado

instrumentos para establecer cuáles de esos puntos corresponden a la superficie planetaria y cuáles integran la imagen visible del universo.

Hemos aprendido a leer en los símbolos que representan esos puntos luminosos una visión diferente y simplificada del complejo mundo que conocemos, y a través de ellos reconocemos los objetos que lo componen.

"Los seres humanos son responsables de las clasificaciones y por lo tanto de las relaciones abstractas que definen los objetos".²

La autora

Arquitecta, Consultora en Medio Ambiente, Ordenamiento Territorial y Planificación Urbana y Regional. Miembro del Buró de la Asociación Internacional de Urbanistas (ISOCARP), del Comité Internacional de las Ciudades Históricas del Internacional Comitee on Monument and Sites (ICOMOS), de la Unión Iberoamericana de Municipalistas (UIM) y de diversas ONG ambientalistas uruguayas.

El hombre ha aprendido a identificar y a *"establecer relaciones abstractas que definen los objetos"*³ de su mundo y del universo y a expresar *"la conciencia de su propio anclaje a la tierra y el Universo, la conciencia [...] de ser parte integrante de una totalidad más vasta y misteriosa, que no debe ser agredida"*.⁴

La imagen de los puntos de luz en la superficie del planeta es nueva para el hombre: hace menos de cien años que adquirimos la posibilidad de observarla desde relativamente cerca, y alrededor de treinta que, saliendo al espacio exterior, pudimos participar del deslumbrante espectáculo global del planeta.

Conocimiento y representación del sistema

Conocemos, en general, la naturaleza, origen y disposición de los puntos de luz sobre el territorio: los creamos. En la mayor parte de los casos, podemos deducir, a partir de nuestra experiencia a nivel de tierra, su naturaleza, la *ratio* de su disposición, su funcionalidad. En otros, particularmente respecto a los puntos aislados, la información que nuestros sentidos proveen resulta insuficiente: *"Cada cosa está en un espacio de situaciones posibles..."*.⁵

La distribución de los puntos aparece aleatoria: áreas representables con instrumentos geométricos euclidianos, lindando con puntos en aparente disposición caótica, separados/unidos por interfases ostensiblemente marcadas por series de puntos luminosos o por negros vacíos.

Sabemos sí, en general, que la presencia de esas luces fijas, durante la noche, delata la presencia de actividades del hombre: la visión es, por lo tanto, una perspectiva global (pero incompleta) del sistema de asentamientos humanos en una parte del globo.

Al mirar el cielo vemos grandes conglomerados de luz y otros pequeños. Sobre el planeta aparecen agrupaciones similares aisladas o unidas por alineaciones de luces fijas o por extrañas cadenas de luces móviles con recorridos arbitrarios pero determinados en su traza. Las luces aisladas son las que nos someten a más interrogantes: ¿una vivienda solitaria, quizás un barco, una antena, un vehículo detenido?

Entodo caso, si pudiéramos observar con ojos *ex novo*, prescindir de todo nuestro conocimiento previo de las lógicas que sustentan el sistema, nos encontraríamos ante una visión tan arbitraria que podría merecer la calificación de caótica.

Identificaríamos grandes conglomerados cuya enorme complejidad formal interna reitera la dificultad que constatamos para aprehender y comprender al conjunto. Además de ellos, una escala completa de núcleos (también

intrínsecamente complejos y diferentes entre sí) de todos los tamaños imaginables: el límite es la luz solitaria o la no luz.

Los estudios avanzados sobre sistemas caóticos han desarrollado instrumentos para describir esa realidad e intentar prever sus dinámicas.

Para ello debemos incorporar como dimensiones nuestro bagaje de conocimientos previos y proceder a formular un modelo sistemático de la realidad en un espacio de fases multidimensional.

Ese espacio debe definirse por una gran cantidad de dimensiones, alguna de ellas tangibles y otras intangibles.

Aun para magnitudes con las que estamos habituados a trabajar y consideramos mensurables objetivamente, como el espacio y el tiempo, deberán agregarse como nuevas dimensiones *"el espacio humano subjetivo"*, que corresponde a la percepción que de ese espacio mensurable tiene sus usuarios, o del *"tiempo humano subjetivo"*, en el que la percepción de la duración aparece ponderada por una *"constante cultural de la valuación del tiempo"*.⁶

Obviamente, la agregación a las dimensiones físicas de las suministradas por la percepción ambiental exige evaluar las percepciones "sociales" y tener en cuenta las desviaciones añadidas por la percepción personal del investigador a cargo de la descripción y comprensión del sistema.

Iniciamos esta exposición refiriéndonos a una observación instantánea. Para poder aproximarse a una comprensión holística del sistema de asentamientos humanos es necesario introducir los factores dinámicos, las tendencias de cambio que fundamentan las siguientes fases del conjunto.

"El hombre nació para evolucionar, y esa evolución le plantea en cada momento nuevos problemas, fruto de las soluciones halladas para los problemas precedentes. La imposibilidad de proponer hoy día algunos proyectos de desarrollo que desempeñen el papel de proyectos movilizadores no sólo se debe a la complejidad y diversidad de las realidades de cada región, sino también, muy especialmente, a la mutabilidad de las cosas, en virtud de la cual lo que hoy puede parecer conveniente dejará de serlo dentro de poco tiempo".⁷

Predecir el futuro de un sistema caótico parecía hasta hace poco tiempo una empresa imposible. Algunos estudios (Julia, Mandelbrot, Feigenbaum, Barnsley) permitieron discernir regularidades de comportamiento y ciertas invariencias de forma en ellos.

El estudio de un sistema caótico en el espacio de fases permite identificar atractores que comandan las regularidades de comportamiento del sistema y, por tanto, inferir posibles comportamientos del mismo.

Tecnología y cambio sociocultural

Si llevamos a cabo un análisis histórico de las civilizaciones en el planeta, pueden registrarse una serie de procesos pendulares de concentración/desconcentración, basados en algunas tecnologías claves, entre las que se destacan las de comunicación.

*“Cuando un fenómeno se caracteriza por su gran complejidad —como sucede con las sociedades humanas—, hallándose además sometido a fuerzas que lo impulsan al cambio, su trayectoria presenta períodos de gran continuidad, interrumpidos por bifurcaciones. Cuando se llega a un punto de bifurcación en que son posibles varias soluciones, basta que un pequeño fenómeno denominado fluctuación tenga lugar, para que una de las posibles evoluciones adquiera preferencia. Esta pasa entonces a imponerse de forma irreversible [...] hasta alcanzar un nuevo punto de inadaptación”.*⁸

Los procesos a que hacemos referencia se produjeron focalmente, en sitios específicos, a partir de la base global de gran homogeneidad gestada a través del lento proceso espacial expansivo de la especie en el estadio cultural que hoy denominamos paleolítico. Cazadores y recolectores, dotados de herramientas elementales, se expandieron por la superficie del planeta. La densidad de sus poblaciones era la habilitada y limitada por el ambiente natural y su tecnología.

La invención del lenguaje permitió divulgar, entre otros contenidos, la factibilidad de la producción de alimentos. Fue una revolución en los sistemas de comunicación que habilitó el primero de los pasos de diversificación cultural: con los alimentos asegurados, nació el ocio creativo, que permitió el rápido desarrollo de los conocimientos y de la reflexión abstracta.

La disponibilidad alimentaria cimienta la aparición de sitios de alta concentración de población en asentamientos complejos, donde se desarrollan nuevas tecnologías: Mesopotamia, Egipto, China, India, más tardíamente Mesoamérica, producen sus propias versiones de los nuevos organismos sociales, cuya expresión espacial fueron asentamientos humanos en altas densidades de población. Surgió simultáneamente la necesidad de establecer mecanismos de poder capaces de administrar los procesos, dando lugar a la aparición de diversos modelos de Estado como organizador de la convivencia.

Los excedentes alimentarios, una vez más las nuevas tecnologías y en particular las formas de comunicación habilitaron la bifurcación hacia escenarios diferentes: la escritura, el comercio y las ciudades pautaron el nacimiento de un nuevo sistema de relacionamiento del hombre con su entorno natural y sociocultural.

La disociación entre el sitio de producción de los alimentos y los de su consumo habilitó la aparición de una nueva movilidad espacial y un franco aumento de la diversidad sociocultural. Los flujos materiales se incrementaron así como los flujos de información habilitados por la escritura.

De este modo la civilización urbana tuvo por siglos fronteras móviles e incorporó vastos territorios en su doble dinámica de dispersión de las ciudades, puntos de concentración social.⁹

El poder (político, económico) se concentró, mientras se expandían las fronteras. Las limitaciones tecnológicas en materia de comunicaciones y transportes definieron en diversas instancias los límites de los procesos de expansión (Imperio de Alejandro Magno, Romano, Árabe). La subsiguiente fragmentación de las grandes entidades políticas acarreó la del poder, que llegó a estadios de pulverización (reinos romano-germánicos, emiratos, feudalismo).

La siguiente etapa aparece también ligada a un cambio sustancial en la forma de transmitir el conocimiento: las posibilidades abiertas por la imprenta hicieron accesible el acervo cultural común a estratos de la población hasta entonces alienados.

La creatividad y la iniciativa abrevaron en esa fuente y multiplicaron los horizontes de la modernidad: nuevos medios de transporte condujeron a ámbitos geográficos ignotos, que fueron rápidamente "civilizados" y sus productos naturales y culturales pasaron a integrar el patrimonio global (maíz, papa, tomate, café, arroz, tabaco, cacao, técnicas agrícolas, artesanales, constructivas, etcétera).

Las cosmogonías, las estructuras de poder, diferentes tecnologías y las estructuras sociales fueron transmitidas con dirección inversa: instrumentos de gestión descontextuados se aplicaron en los nuevos ámbitos geográficos.

Los Estados tendieron a ser prácticamente globales: resultaron paradigmáticas las condiciones de España o Inglaterra, en cuyos dominios el sol no se ponía. Otras naciones depositarias del poder no les iban a la zaga. La concentración de poder marchó paralelamente al desarrollo de las estructuras territoriales.

Estas se caracterizaron por el desarrollo de redes de ciudades relativamente pequeñas, sobrepuestas a vastos territorios. Los centros urbanos fueron sedes para el ejercicio del poder en sus diversas formas.

La diversidad creció de modo permanente con las culturas urbanas. El modelo relativamente uniforme generó deformaciones *ad hoc* en contacto con cada realidad específica.

Nuevas tecnologías de producción de energía y de comunicaciones nutrieron el siguiente estadio. A las energías naturales de vientos y aguas se agregaron las nuevas formas obtenidas a través del uso de máquinas capaces de

transformar en energía aplicable a las actividades humanas la retenida en fuentes diversas.

La posibilidad de acceder a la energía atómica completó el ciclo. Se potenciaron las capacidades humanas de producir flujos rápidos y seguros de información, materia y energía, y con ello radicales cambios en el "universo vivenciado" por cada individuo.

La toma de decisiones centrales en los dilatados espacios comprendidos por el sistema se potenció por tecnologías como la telegrafía, la radio, la telefonía y la televisión. Los flujos de información unidireccionales (de centros a periferias) actuaron como elementos consolidantes de la centralidad. Especialmente los medios de comunicación de masas (radio y televisión) llevaron mensajes a los rincones más apartados del territorio, pero no habilitaron la comunicación de retorno hacia los niveles centrales, públicos o privados, de toma de decisión.

Finalmente las computadoras habilitaron el manejo y accesibilidad en tiempo real a masas enormes de información, factibilizando su manejo y comunicación a todo tipo de usuarios. Sólo el reciente desarrollo de las redes electrónicas de transmisión de datos ha instrumentado flujos multidireccionales e interactivos de información.

Sumados a los restantes cambios que vivimos, estos elementos anuncian que estamos ante una circunstancia de bifurcación.

Dimensión global y dimensión local

Cabe preguntarse cuáles son las dimensiones cuyas dinámicas parecen ser determinantes en la identificación del estado de situación de un sistema y sus tendencias.

Una primera dimensión es el *espacio*, expresado generalmente en términos de *territorio*. Siempre debe referirse a una escala de comparación válida. Así, una guerra es calificada de "mundial" cuando en ella intervienen ya sea los estados más poderosos del momento (Primera Guerra Mundial) o cuando a esa misma característica se suma el que los escenarios bélicos se encuentran en dispersos en casi todo el planeta (Segunda Guerra Mundial). Del mismo modo, el concepto de "local" puede referirse a una nación, un estado, una ciudad, un barrio, un villorrio.

La dimensión espacio puede ser también elegida refiriéndola a *tamaño*. Una vez más debemos referirnos al tamaño mensurable del sistema a estudio (dimensiones en kilómetros de una ciudad, por ejemplo) o a la percepción de

tamaño de los usuarios del sistema, condicionada, como ya fue señalado, por la "cultura del tamaño" que les sea propia.

El *tiempo* es otra dimensión básica de ese espacio de fases, considerado en la triple dimensión de la duración intrínseca del período analizado, la de su inserción en la historia antrópica o, por ejemplo, geológica, del sistema y la del tiempo subjetivo percibido en función de pautas culturales.

La *cultura*, entendida como el orden superorgánico que estructura la relación del hombre con su propio yo y con su entorno natural y social es otra dimensión independiente. Como ejemplo, la Europa feudal conoció simultáneamente la extrema fragmentación política y un esquema de unidad cultural que, aceptando ciertos paradigmas, se adaptó localmente y nutrió la diversidad de formas locales del mismo modelo.¹⁰

Del conjunto del sistema cultural es necesario desglosar algunos aspectos que merecen ser considerados como dimensiones en sí mismos.

Entre ellos, la *estructura del poder* (político, militar, económico) constituye una dimensión a considerar. Sobre una estructura geopolítica fragmentada en naciones independientes puede darse la globalización de algunos factores y con ella el surgimiento de lazos de interdependencia no siempre evidentes.

Como otro aspecto específico de la cultura debe destacarse una dimensión fundamental: las *formas de producir, almacenar y transmitir información* inherentes a cada sistema a estudio.

Otras dimensiones a tener en cuenta son las referentes al *bienestar*, tanto como magnitud objetivable (PBI per cápita, consumo de energía per cápita, maestros o médicos por habitante), como percepción del bienestar emergente de la *adecuación al sistema*, manifestada como la capacidad del mismo para satisfacer las expectativas materiales e inmateriales del individuo.

Los períodos de equilibrio han sido múltiples y las crisis del sistema se producen ligadas a la aparición de ineficiencias en una o varias de las dimensiones que lo determinan, y se traducen en lo que Prigogine define como una bifurcación.

Nuestro equilibrio dinámico

Inequívocamente puede afirmarse que vivimos hoy, como otrora en el paleolítico, una cultura global.

"Actualmente, en las postrimerías del siglo XX, [dimensión temporal] predomina el convencimiento de que nos acercamos a una serie de puntos de bifurcación, sin que seamos capaces de imaginar las nuevas

trayectorias de evolución hacia las cuales nos dirigimos. En cada una de las situaciones regionales [dimensión espacial] se advierte el desequilibrio, la proximidad de un vuelco.

[...] Más que técnica, la naturaleza de esos problemas es moral [dimensión cultural] y política [dimensión de poder]. La investigación científica no tiene para ellas respuestas directas [...] [pero] puede ejercer una acción ante esos problemas: contribuyendo a la modificación del medio y actuando como causa de la fluctuación".¹¹

La conciencia de pertenecer a una cultura global se apoya sobre algunos aspectos muy antiguos de nuestro esquema de comportamiento individual y social, que conservamos casi como relictos, a los que se suman otros de incorporación más relativamente reciente. Se agregan a ellos algunos componentes muy nuevos.

El uso del lenguaje hablado, la institución familiar, los alimentos básicos, el sentido de territorialidad (para sociedades nómadas o sedentarias), ciertas formas de pensamiento abstracto, el sentido estético, pertenecen a la herencia común de la humanidad. Si bien es cierto que existe una inmensa diversidad de formas locales de esos componentes de nuestra cultura, corresponden a trazas de una cultura común.

Hay adquisiciones históricas que se incorporaron sólidamente a esa base: la capacidad de transformar los hábitat naturales para aumentar la calidad de vida, la creatividad aplicada a producir instrumentos aptos para potenciar la capacidad de hacer de la especie, la escritura, la vida urbana y la dualidad complementaria de lo rural y lo urbano, la conformación de Estados (no siempre coincidentes con las estructuras sociales nacionales), la propuesta de paradigmas de vida explicitados o no en normativas.

La evolución de las estrategias adaptativas dio lugar a un mundo fragmentado en culturas diversas, que retuvieron en común algunos elementos básicos y desarrollaron identidades propias diferenciadas.

Las distancias perceptuales, función de la dificultad y lentitud de las comunicaciones y los transportes, habilitó su desarrollo autárquico. Las tendencias detectables a compartir (por vías de consenso o por la fuerza) las prácticas culturales de avanzada se vieron amortiguadas por las distancias físicas y comunicacionales.

La era urbana

La tecnología contemporánea, con su desarrollo espectacular de las comunicaciones y los transportes, ha sobreimpuesto a la base cultural diversa,

de adquisición histórica, avasallantes e invasivas nuevas pautas.

Los medios de comunicación de masas han sido capaces de definir, a partir de la diversidad, la conformación de "la aldea global" y sus paradigmas culturales y de transferirlos a un altísimo porcentaje de los habitantes del globo.

Las especificidades de esa cultura de la "modernidad" son necesariamente simples al extremo, única manera de ser aprehensibles por la base culturalmente diversa: abarcan desde propuestas para las conductas individuales cotidianas hasta propuestas de estilo de desarrollo de validez supuestamente global.

Por primera vez en la historia del hombre hay conciencia de la existencia de un espacio cultural que abarca todo el globo, con macroestructuras de poder planetarias o continentales, tiempos unificados y comparables, y la factibilidad de prácticas de vida cotidiana similares en todo el mundo.

Dentro de ese mundo unificado hay nuevos procesos internos de concentración y desconcentración. Una de sus manifestaciones más notables es la tendencia a la concentración de la población, que adopta masivamente un patrón urbano de vida.

"La era urbana que empezamos a vivir tiene que ver, entre otras razones, con la concentración mayoritaria de la población en las urbes y con el incremento de los niveles de relación entre ellas".¹²

El metabolismo del planeta puede describirse como el de una red cuyos nodos son las grandes ciudades y por cuyos lazos vinculares circulan cada vez más rápidamente flujos de materia, energía e información.

A su vez, cada una de esas ciudades se liga a los territorios de los que provienen los productos que metaboliza por redes con mallas menores: sus nodos son ciudades de menor tamaño, y sus lazos vinculares habilitan la presencia en las ciudades, sitios de transformación de materias y productos, de los insumos necesarios para habilitar sus procesos.

Las redes, en un comienzo estructuras lineales y bidimensionales, constituyen hoy un complejísimo entretendido, no definido ni condicionado por los límites administrativos de los Estados, sino por la radicación de las materias primas, los centros para su transformación y los mercados. Puede decirse que la descripción de las redes urbanas constituye hoy una nueva geografía, capaz de modelizar el funcionamiento del planeta.

La única dimensión que parece no hacer falta en esa geografía es la referida a la escala humana y a la posibilidad de cada individuo de ser parte activa de los procesos que lo involucran. Si bien las máquinas han incrementado las capacidades individuales en todos los ámbitos, la dimensión humana sigue siendo el patrón imprescindible para dimensionar, por ejemplo, el bienestar.

Las ciudades albergan hoy, además de todo lo que la "sociedad de consumo" puede ofrecer, tanto en lo tangible como en lo intangible, pobreza,

incomunicación, soledad, agresividad, ineficacia e ineficiencia, aculturación y alienación cultural, pérdida de diversidad y desarraigo. Son todos estos factores generadores de una violencia que se manifiesta insensatamente en múltiples circunstancias y con pretextos no siempre válidos.

El Estado reacciona de diversas maneras ante estos fenómenos. Una de ellas es el "conocer" a los ciudadanos que no se conocen ya unos a otros, acumulando datos en fichas individuales: "...*todos están bajo la mirada atenta, permanente y abstracta de la autoridad*".¹³

Señala Calvino:

*"Donde las formas agotan sus variaciones y se deshacen, comienza el fin de las ciudades. En los últimos mapas del atlas se dilufan en retículos sin principio ni fin, ciudades en forma de Los Angeles, en forma de Kyoto-Osaka, sin forma".*¹⁴

Por otro lado, la escala hace a esas grandes manchas urbanas ineficientes e ineficaces en la prestación de los servicios e infraestructuras que están en la razón misma de existencia y en el cumplimiento del objetivo básico de brindar bienestar.

Las migraciones desde el medio rural no se detienen en el centro poblado más inmediato: prosiguen su peregrinaje, quizás a lo largo de varias generaciones, dirigiéndose a ciudades-meta, que crecen hasta tener dimensiones territoriales.

Las macrociudades se asientan hoy predominantemente en el mundo subdesarrollado. Sus habitantes, sin embargo, no parecen sentir haber llegado a su destino definitivo: las ciudades se perciben como puntos de concentración, pero no de arraigo.

Las grandes ciudades del mundo desarrollado siguen siendo la meta de migrantes provenientes de todo el mundo, pertenecientes a diferentes estratos culturales. Se las asocia a la obtención de mejor calidad de vida, oportunidades de desarrollo personal y a la posibilidad de vincularse a los procesos más dinámicos. Sus poblaciones de hoy tienen componentes crecientes de diversidad cultural, aportados por masas de migrantes que van desde el intelectual internacionalmente reconocido¹⁵ hasta personas provenientes de los niveles culturales más bajos, simplemente expulsados por la pobreza de sus lugares de origen.

La ciudad en expansión rápida no garantiza la existencia de factores materiales de centralidad ni inmateriales de convocatoria que actúen como catalizadores de la interacción. Se suceden los fraccionamientos creando tejidos residenciales que no merecen denominación de urbanos, donde predomina la anomia individual y social.

"... El espíritu de las ciudades está marcado por las expectativas y los modos de vida de los migrantes. Ganarse la vida, tener la casa propia,

conseguir un trabajo, enviar algo de dinero al viejo hogar, o tan solo regalos, para mostrar a la gente de allá que uno llegó, que uno es ganador".¹⁶

Afirma Max-Neef:

"[En las macrociudades] la tecnología de las comunicaciones parece tender a consolidarse, de manera cada vez más evidente, como sustituto de la comunicación real que debiera darse entre las personas. [...] La causa de esta paradoja no ha de adjudicarse, ciertamente, a la referida tecnología como tal; sino a la modificación estructural que han sufrido muchos de los espacios dentro de los cuales los seres humanos establecen sus vínculos de relación. [...] los espacios de tremenda magnitud y densidad en los que se desgrana la vida de los miembros de la muchedumbre solitaria. Es posible vibrar sin ser parte y sin estar comprometido".¹⁷

En el campo económico este proceso se manifiesta por la transnacionalización de la economía y por un brusco crecimiento de las actividades informales, es decir la producción y comercialización fuera de los sistemas establecidos. Los costos de la gran escala son generadores de ineficiencias que el mercado no perdona: en ciertos rubros sólo se puede producir competitivamente fuera de las normas. Esto institucionaliza una normatividad diferenciada en el territorio urbano.

Las áreas de producción de ciudad y de vivienda son especialmente sensibles a la necesidad/posibilidad que brinda la informalidad.

El espacio urbano evidencia en su forma ese proceso generador:

"Hace horas que avanzas y no ves claro si estás en medio de la ciudad o todavía afuera. Como un lago de orillas bajas que se pierde en aguazales, así Pentecilea se expande durante millas en torno a una sopa de ciudad diluida en la llanura: conventillos pálidos que se dan la espalda en prados hispídos, entre empalizadas de tablas y techos de zinc. Cada tanto, en los bordes del camino, un espesarse de construcciones de magras fachadas, altas altas o bajas bajas como un peine desdentado, parece indicar que de allí en adelante las mallas de la ciudad se estrechan. En cambio prosigues y encuentras otros terrenos baldíos..."¹⁸

En ese mundo sin fronteras inaccesibles y con metas alcanzables, la dimensión bienestar se vuelve perceptiblemente un bien escaso, sustituida por la insatisfacción a todos los niveles.

Ante esas realidades existe el deseo de escape. En algunos casos, la vista torna atrás, en actitud romántica, hacia los valores irrecuperables de la vida en espacios culturales menores, que se vuelven un artículo de mercado, cuando no de moda.

Se nos indica que podemos volver a ellos pero como "turistas", sin saber

que el turista es sólo un *voyeur*, consumidor de imágenes, imposibilitado de arraigo o pertenencia.

Su movilidad territorial extrema en cortos plazos no sólo no asegura su propio bienestar, sino que perturba el de las personas que viven en los hábitat receptores. Son introducidas también por ese medio las pautas culturales globales y la presencia del viajero actúa, por efecto demostración, como desencadenante de la búsqueda de nuevos horizontes, a los que se supone capaces de permitir el acceso a los paradigmas de la modernidad.

“Ciudades grandes y grandes ciudades”¹⁹

Aristóteles señaló que *“el primer recurso de la ciudad es su población”* pero que *“un número excesivamente elevado no puede participar del orden...”*. Platón, a su vez, manifestó que *“la ciudad debe crecer hasta el punto en que no ponga en peligro su unidad”*.²⁰

Hemos definido la ciudad *“a partir de la existencia de una población estable suficiente para posibilitar interacciones en los diversos ámbitos de la cultura en el más amplio sentido del término, en un entorno equipado y servido adecuadamente para ello, en función de las pautas culturales de esa particular sociedad definida en el espacio y el tiempo”*.²¹

En estas y otras definiciones, el hombre y la posibilidad de establecer interacciones directas constituyen la esencia del modo de vida urbano. Esas interacciones requieren un entorno que habilite el conocimiento recíproco y el diálogo.

Cuando el planeta, en un proceso histórico acelerado, se urbaniza y su cultura evidencia “perturbaciones espacio-temporales”, constituye una herramienta de comprensión el intentar describir el proceso como la búsqueda de un nuevo equilibrio entre los factores de concentración y desconcentración, de manera que esa descripción nos permita ubicarnos sinérgicamente respecto al cambio, así como prever y mitigar la aparición de anomalías.

“Para cumplir ese propósito, es menester superar las interpretaciones cuantitativas y mecanicistas, para indagar en torno a dimensiones cualitativas y relativistas”.²²

Es así que evaluamos a una ciudad por su capacidad de satisfacer ciertos requerimientos básicos: brindar un ámbito a la sociabilidad, asegurar el bienestar y la seguridad de sus habitantes y proveer de circunstancias capaces de sostener el proceso de gestación de cultura. Priorizamos la percepción (obviamente subjetiva) ante las evaluaciones numéricas.

Max-Neef afirma que *"si las cuatro condiciones se ven satisfechas en una ciudad grande, es porque esta ciudad tiene espacios pequeños dentro de sus grandes dimensiones"*.²³ Esos espacios pequeños suelen ser los barrios, dotados de identidad específica en el marco macro de la ciudad.

Lo local se define por una escala en que la interacción es posible. Se lo encuentra en las ciudades pequeñas y medianas, y también en las grandes, cuando se ha protegido y se promueve y valora suficientemente las especificidades culturales de cada sector de los que la componen.

Globalización y desconcentración

Las nuevas tecnologías habilitan una escala macro para las actividades del hombre. Las ventajas comparativas de la concentración son innegables: son necesarias ciertas masas críticas de personas para poder encarar muchas actividades.

Esa afirmación no debe hacernos perder de vista que el tamaño tiene un límite inferior, por debajo del cual no puede actuarse, y también límites superiores, por encima de los cuales se pierden las ventajas comparativas, se producen perturbaciones e ineficiencias y se inhibe la interacción.

Hoy el mundo se describe frecuentemente por el proceso de globalización, olvidando múltiples tendencias ya presentes a la desconcentración y a la diversificación.

Es notoria la necesidad de la desconcentración en materia de administración territorial (tanto dentro como fuera de las ciudades) por razones de eficacia y eficiencia y la factibilidad de dar cumplimiento a los objetivos de bienestar de los individuos. Esa desconcentración se traduce en el aumento de las funciones y poderes locales y en el crecimiento de organizaciones no gubernamentales que asumen funciones y responsabilidades en esa escala.

Hay tendencias a la desconcentración en materia de producción, con el florecimiento de múltiples empresas micro, pequeñas y medianas, que, desagregando los procesos productivos concentrados, generan porcentajes crecientes del producto bruto y de los empleos de cada país. De igual forma la comercialización de los productos se está diversificando a través de múltiples vías, que incluyen un nada despreciable sector (?) informal.

Hay tendencia a diversificar y desconcentrar los flujos de información: las microcomputadoras y las redes permiten escapar de las grandes cadenas centrales de información y generan ámbitos de interacción de escalas múltiples, a través de un uso inteligente y libre de las posibilidades ligadas de la informática

y de las comunicaciones.

Presumimos la permanente homeostasis del sistema a la búsqueda de nuevos equilibrios. Estos deberán integrar las posibilidades de globalidad que brindan los avances tecnológicos con la eficiencia y el bienestar sólo obtenibles cuando la dimensión local, desconcentrada, es debidamente valorada y contemplada.

Una lectura adecuada de estas y otras tendencias espontáneas constituye un indicador no despreciable para analizar las opciones que se abren ante nosotros y elegir un nuevo término de equilibrio.

La evolución de las organizaciones sociales describe en el espacio de fases una trayectoria oscilante condicionada por polos de macroconcentración y pequeñas unidades descentralizadas que funcionan como atractores. La gravitación de estos atractores permite visualizar y comprender el sentido global de la evolución.

Tanto en los polos macro y micro como en la dinámica misma de los cambios, la descripción ordenada pone de manifiesto en numerosas individualidades y estructuras una invariancia de escala que revela la profunda unidad que preside un conjunto de fenómenos en apariencia a priori heterogéneos.

La unidad global, las individualidades específicas y la escala apropiada son tres elementos que se revelan claves tanto para la ubicación en el contexto actual como para proyectar el futuro.

Tenemos las herramientas para elegir el camino que nos conduzca a la definición de los equilibrios específicos que se adecuen a las cambiantes dimensiones de todo el sistema. El desafío queda planteado y la meta es la obtención equitativa de bienestar para el hombre, en el marco de la supervivencia de los ecosistemas de la biosfera.

Resumen

El artículo postula que cada momento de equilibrio dinámico de las estructuras sociales implica algunas dimensiones globalizadas y otras desconcentradas. Frente a la imagen del mundo culturalmente unificado, corrientemente aceptada, en la que parecen desconocerse la existencia de la diversidad y las tendencias actuales a la desconcentración, se destaca la importancia de ambas dimensiones como necesarias para la consecución del bienestar del individuo. Resulta conveniente el uso de algunos elementos metodológicos de la teoría del caos para el análisis de los sistemas humanos, como el estudio del sistema en un espacio de fases multidimensional. Entre las dimensiones imprescindibles de análisis se ubican aquellas provenientes de la percepción humana.

Notas

- 1 Italo Calvino: *Las ciudades invisibles*, Minotauro, 1974.
- 2 Ludwig Wittgenstein: *Tractatus Logicus Philosophicus*, prop. 2012 (citado por Manfred Max-Neef).
- 3 Manfred Max-Neef: *La Ciudad, magnitudes y ritmos* (recopilado por Hardoy y Morse en *Repensando la ciudad latinoamericana*).
- 4 Vaclav Havel: "Le retour de la transcendance. Une vision pour l'an 2000", en *Courier International*, 1994.
- 5 Wittgenstein: o. cit.
- 6 Max-Neef: o. cit.
- 7 Ilya Prigogine y André Danzin: "¿Qué ciencia para el futuro?", en *El Correo de la UNESCO*, febrero de 1982.
- 8 *Ibidem*.
- 9 Presses Universitaires de France: *Histoire Generale des Civilizations*, París, PUF, 1957.
- 10 Viana, Ackermann y Vázquez: "Identidad, desarrollo y patrimonio", 1983.
- 11 Prigogine et al.: art. cit.
- 12 Agencia Danesa para el Desarrollo Internacional: *La era urbana. Las migraciones convierten a Latinoamérica en un continente de ciudades*, 1994.
- 13 Max-Neef: o. cit.
- 14 Calvino: o. cit.
- 15 José Donoso: *Donde van a morir los elefantes*, Alfaguara, 1995.
- 16 Jorge Wilhelm: *Modernidad urbana en el contexto subdesarrollado* (recopilado por Hardoy y Morse en *Repensando la Ciudad Latinoamericana*).
- 17 Max-Neef: o. cit.
- 18 Calvino: o. cit.
- 19 Max-Neef: o. cit.
- 20 *Ibidem*.
- 21 Viana, Sienna y López: "Lineamientos generales del Plan Director de Maldonado", Punta del Este, Maldonado, 1991.
- 22 Max-Neef: o. cit.
- 23 *Ibidem*.